

Mi elección, mi vida, mi profesión

Gloria Angélica Barba Castañeda*

Mi historia en la docencia tiene sus raíces en mi propia trayectoria escolar, en cada uno de los maestros y maestras que dejaron una huella en mí, no sólo por los conocimientos que compartieron, sino por la forma en que entendían la educación y la vida, así como también una serie de experiencias, encuentros y aprendizajes que se han ido construyendo a lo largo de mi vida.

Recordar por qué me hice docente implica mirar hacia atrás y reconocer que esta elección no surgió de un sólo momento. Uno de ellos viene a mi memoria: cuando mi maestra de primero me preguntó ¿Qué quieres ser de grande? En ese momento, mi mayor ejemplo eran mis padres, quienes son Cirujanos Dentistas, por lo que pensaba dirigirme hacia ese ámbito profesional; sin embargo, la convivencia constante con mis tías, al ser ellas docentes, inclinó mis gustos, mis aspiraciones y mis ganas de ser maestra.

Mi decisión de ser docente también estuvo influenciada por mi entorno familiar. Dos de mis tías, hoy maestras jubiladas, fueron una fuente importante de inspiración en este proceso. A través de sus historias, su compromiso y la dedicación con la que hablaban de su labor, me permitieron conocer de cerca lo que significa ser docente. Desde su experiencia, me mostraron que trabajar con niños no sólo implica enseñar, sino también acompañar, comprender y formar desde el cariño y la responsabilidad.

Asimismo, compartían conmigo la importancia de la docencia como una profesión que permite mantener un equilibrio entre la vida personal y laboral. Me hicieron ver que ser maestra también brinda la posibilidad de organizar los tiempos, convivir con la familia y, al mismo tiempo, continuar con la formación profesional. Estas conversaciones, consejos y ejemplos fueron fortaleciendo en mí la idea de elegir este camino, no sólo como una opción laboral, sino como una vocación que me permitiría crecer en distintos ámbitos de mi vida.

Además de las experiencias familiares, hacer memoria de mi vida escolar es recordar a aquellos docentes que, con su voz, ejemplo

y dedicación, sembraron en mí algo más que aprendizajes académicos: sembraron una manera de mirar el mundo con respeto, interés y compromiso. Cada uno de ellos dejó una semilla que, con el paso del tiempo, fue creciendo hasta convertirse en una parte fundamental de mi identidad. Sin darme cuenta en ese momento, esas experiencias fueron decisivas para que hoy me encuentre ejerciendo esta profesión. Comprendí que enseñar no sólo consiste en transmitir contenidos, sino en influir de manera significativa en la vida de los alumnos.

Cuando me incorporé al servicio docente, inicié un nuevo proceso de aprendizaje, ahora desde el papel de maestra. Recuerdo con claridad mi llegada a la escuela primaria donde comencé mi trayectoria profesional. Como docente recién egresada me enfrentaba a un contexto desconocido, lleno de retos, pero también de oportunidades. Fue en ese momento donde el acompañamiento de mis compañeras maestras resultó fundamental. La bienvenida de mi directora no sólo representó un gesto de apoyo, sino la puerta de entrada a una cultura escolar con prácticas, tradiciones y formas de convivencia que daban sentido al quehacer educativo.

La escuela está conformada por un conjunto de relaciones, prácticas y significados que construyen su identidad. En mi experiencia, esto se hizo evidente al convivir con colegas que no sólo compartían conocimientos, sino que también enseñaban desde su ejemplo, como las maestras Maricela, Karina, Yolanda y la directora escolar, la maestra Cristina. A través del trabajo colaborativo y la convivencia cotidiana fui comprendiendo que la docencia también se aprende entre maestros, en los pasillos, en los recreos y en los espacios informales donde se comparten experiencias y saberes.

El acompañamiento de docentes con mayor experiencia fueron mis compañeros maestros que me recibieron desde que egresé, marcó profundamente mi formación. Aprendí aspectos que van más allá de la teoría, entre otros, cómo organizar una reunión con padres de familia, cómo atender situaciones imprevistas en el aula y cómo construir una relación cercana con los alumnos. Estas experiencias me permitieron reconocer que la práctica docente es un proceso en constante construcción, donde cada interacción representa una oportunidad de aprendizaje.

Con el paso del tiempo mi experiencia en el aula me ha permitido comprender que los alumnos son el centro y la esencia de mi labor docente. Cada grupo, cada niño y cada historia han dejado una marca en mí. Recuerdo con especial significado el periodo de confinamiento por la pandemia, un momento que transformó completamente la forma de enseñar y aprender. De un día a otro, el aula se trasladó al hogar y la interacción presencial se convirtió en comunicación a través de pantallas.

Este cambio implicó un reto tanto para los docentes como para los alumnos. En un inicio, la comunicación se limitaba al intercambio de correos electrónicos, donde los estudiantes expresaban dudas y compartían sus actividades. Sin embargo, con el paso del tiempo, estos mensajes comenzaron a reflejar también sus emociones, sus vivencias y su forma de reconfigurarse a una realidad completamente nueva. A través de estos intercambios se construyó una relación distinta, mediada por la distancia, pero igualmente significativa.

Posteriormente, el uso de plataformas digitales permitieron establecer contactos más cercanos. Las clases virtuales se convirtieron en un espacio donde, a pesar de la distancia, fue posible mantener la interacción, el aprendizaje y la convivencia. Desde sus hogares, los alumnos mostraron no sólo sus avances académicos, sino también su capacidad de compromiso y resiliencia.

Durante este periodo, los alumnos no sólo desarrollaron habilidades tecnológicas, sino también formas de organización para su aprendizaje. A pesar de las dificultades, encontraron maneras de participar, compartir y mantenerse presentes. Esta experiencia reafirmó en mí la idea de que la educación va más allá del espacio físico del aula y que el vínculo entre maestro y alumno puede construirse en distintos escenarios.

A lo largo de estos años he comprendido que ser docente implica mucho más que cumplir con un programa educativo. Significa comprometerse con la formación integral de los alumnos, acompañarlos en sus procesos y reconocer que cada uno aprende de manera diferente. También implica reflexionar sobre la propia práctica, identificar áreas de mejora y mantenerse en un proceso continuo de aprendizaje.

Después de doce años de servicio, puedo afirmar que la docencia no sólo ha sido una profesión, sino una parte esencial de mi vida. Cada experiencia, cada reto y cada logro han contribuido a construir la docente que soy. He aprendido que enseñar también es aprender, que acompañar también transforma y que cada día en el aula representa una nueva oportunidad para crecer.

Por eso me hice docente. Porque creo en la educación como una herramienta capaz de transformar vidas. Porque encuentro sentido en acompañar a mis alumnos en su proceso de aprendizaje. Porque reconozco el valor de cada experiencia vivida dentro y fuera del aula. Y porque, a pesar de los retos, sigo eligiendo esta profesión con la convicción de que educar es un acto de compromiso, sensibilidad y esperanza.

Hoy continúo mi camino en la docencia con la certeza de que cada paso ha valido la pena. Ser maestra no sólo es lo que hago, es parte de quien soy. Y es precisamente en esa construcción diaria, en esa suma de experiencias y aprendizajes, donde encuentro la razón más profunda de mi vocación, porque reconozco que mi vocación se construyó no sólo en las aulas, sino en mi familia, donde aprendí a que ser docente es una forma de vida.

*Maestría en Investigación de la Educación. Docente en la Escuela Primaria Juventino Rosas. gloria.barba@isceem.edu.mx/gloanzilla@gmail.com